

en las calles, usa botas y pantalón.

Si tienes talento, escóndelo, y si no lo tienes, escondete.

La mujer es bella a los quince, la inocencia es bella a los cuarenta.

Las criadas son las que expiden certificados sobre la virtud de sus señoras.

Los versos a las mujeres se hacen con mentiras y consonantes.

* Cuando una mujer tropieza, el tropezón no está en la piedra sino en su pie.

Cuando las flores están en el balcón nadie entra a la casa a verlas.

El color de la vergüenza gusta más que la palidez de la serenidad.

El hombre que te ame de veras te lo enviará a decir con tu madre.

Las mujeres que tienen miedo no tendrán nunca necesidad del valor.

El matrimonio es una cadena de flores, pero aunque tenga flores es cadena.

Si tu esposo es bueno, imítalo, y si es malo haz que te imite.

Adios, querida Niña; cuando estés en edad de comprender estas líneas, comprenderás también el deber que tienes para con el que te vió en su cuna y le enviarás no flores sino oraciones, no es cierto? Ruega, ruega por mí, a fin de que "yazga en paz mi amargura amarguísima." Sé buena y, si es posible, dichosa: lo primero estará en tu mano, mientras que lo segundo no pertenece sino a Dios. Él te guarde, y tú no me olvides.

J. M. VERGARA Y VERGARA

Próximamente:

Los Borrachos

Por Antonio de Trueba

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

Desgracias a la Madrugada

Por José David Guarán

III

Yo no pude resistir a la tentación de ver por última vez a Irene y llegué a tiempo en que estaba despidiéndose de sus padres.

Por fin salió. Qué hermosa estaba! El aire de melancólica resignación contrastaba con su porte majestuoso tan natural en ella; parecía una reina destituida del trono y que aún es más hermosa y grande en su caída.

Después de una corta visita nos preparamos para salir; pero en este instante sonaron pisadas de caballos en el zaguán y después el ruido de las espuelas del que llegaba.



TORRE DE LA CAPILLA DE BELEN BOGOTA

restaurada por el M. R. P. Francisco Savary, s. m. m. bajo la dirección del M. R. P. Juan Bautista Arnaud s. m. m.

—¿Quién llega? dijeron todos.
—Mi amo Sebastián! dijeron los criados en el corredor.

—Ay! qué triste es saber las circunstancias de la muerte de Delio, a tiempo en que voy a dejar el mundo para siempre! dijo Irene sentándose, ó más bien, dejándose caer sobre un sofá.

—Mi hijo de mi alma y de mi vida, decía una voz en el corredor: ven te abrazo, hijo mío!

Todos salimos en este instante, é Irene, haciendo un esfuerzo para ver a Sebastián, salió también; más, con el primero que encontró fué con Delio que la recibió con los brazos abiertos. Lo que se dijeron en cada lágrima, en cada suspiro, sólo Dios y ellos lo saben; ese lenguaje lo pueden hablar todos, pero a nadie le es dado traducirlo.

Estábamos en aquel momento de sorpresa en que no se acierta a sufrir ni a gozar, en que parece que el alma reflexiona mientras que todas

las facultades esperan indecisas, cuando vimos que la cabeza de la joven empezó a resbalar por el pecho de Delio, como se troncha la sensitiva al contacto de un cuerpo extraño. El joven en el acto trató de incorporarla, pero no hizo con esto sino mostrarnos un semblante cuyos ojos vueltos, y cuyos labios lividos y entrecabiertos daban las señales de una muerte cierta.

No puedo decir qué pasó por mí. Entonces sentí que ya no podía sufrir más; era necesario tener un corazón más duro é insensible que el hierro para presenciar sin morir tanta desgracia: me ahogaba, no pude menos que gritar y al fin caí sin sentido.....

Cuando volví en mí estaba sobre una cama, y Sebastián y Delio me cercaban con muestras de un grande afán. Lo primero que hice, cuando pude recobrar mis ideas, fué decir:

—Vive Irene! díganme, por Dios! Delio, dime la verdad, no me engañes.